

CARLOS ROJAS



AZAÑA

Esta novela galardonada con el Premio Planeta 1973, no es un libro más sobre nuestra guerra civil. Es, ante todo, un extraordinario retrato del que fue presidente de la República española; retrato que, enmarcado en un contexto histórico documentado con minucia y rigor, trasciende el estricto valor biográfico para erigirse en creación literaria de primera magnitud. El autor penetra con libertad e imaginación en la historia y, sin vulnerarla, desvela matices y claroscuros que la simple crónica omitiría; llega así, por caminos de tensión poética, al nudo existencial de su personaje.

Don Manuel Azaña, ya exiliado en Francia y en los últimos meses de su vida, rememora episodios de su acción política desde el drama de Casas Viejas hasta la retirada por lo Pirineos; evoca recuerdos de infancia y juventud, paisajes irremediabilmente perdidos, reflexiones filosóficas, afanes literarios, amarguras del exilio; revive sus destempladas discusiones con figuras políticas como Abad de Santillán, Prieto, Companys, Bosch Gimpera, Rojo, Hidalgo de Cisneros, y sobre todo, Negrín; el tenso duelo dialéctico que libran Azaña y Negrín descubre el hondo conflicto íntimo de aquel intelectual escéptico, espectador lúcido y torturado a la vez que protagonista directo del desastre de la República.

*A Guillermo Díaz-Plaja y  
a Martín de Riquer,  
maestros y amigos míos*

*Je pense encore à l'Espagne. Le président Azaña mourant, en Andorre je crois, disait: «Comment s'appelle ce pays..., vous savez bien, ce pays dont j'étais président de la République...»?*

ANDRÉ MALRAUX. *Antimémoires*

# UNO

¿CÓMO SE LLAMA EL PAÍS donde fui Presidente de la República?

Sé de cierto que presidí allí el gobierno y el Estado. Lo sé con la certeza que presiento próxima la muerte, en la yedra de frío que me sube por las piernas, en el hueco amargo del pecho y en los ensueños que días enteros me nublan la razón. No alcanzo, sin embargo, a recordar el nombre de aquella tierra, la mía, aunque me escueza en la punta de la lengua, mitad vinagre y mitad mieles.

Recuerdo, sí, cómo dicen allí a lugares donde gustaba de emboscarme a solas, disolverme en el natural no corregido por nadie. Palacio de la Puta. Los riscos del Hoyo de Manzanares abren un balcón sobre el valle de Cerceda, delante de la Maliciosa y la Pedriza. Un navazo alfombrado de hierbas olorosas, pinares, roquedas: el horizonte, desde Gredos al Ocejón. Navachescas. Espesar de las encinas antiguas. Gamos en libertad. Suavidad incógnita del valle del Manzanares. Y aquel altozano, más allá de Alpedrete, de cara al circo de Siete Picos y Cabeza de Hierro, húmedo de nieves derretidas, de chorros que se despeñan. Más lejos, la majestad del pinar de Balsaín. Y los ocasos en Cueva Valiente, teñidos de rojo, de malva, antes de las nieblas de la atardecida sobre los entrepanes de Segovia.

La última tierra que piso, en el país de cuyo nombre no puedo o no quiero acordarme, es bien distinta. La Bajol llaman al pueblo, enriscado en los montes de Cataluña, sobre la misma raya de Francia. Es invierno, febrero creo, sí, febrero, cuando el más ciego puede dar la guerra por salda-

da. Un invierno extrañamente cálido, de días dorados y esclarecidos por la tramontana de la víspera, que silba por el tiro de las chimeneas para avivar encendajas de brezos, entre los troncos de roble y carrasca.

La Bajol se empina en cuesta, en el halda de la montaña. Las callejas, diminutas, descienden entre muros de granito y porquerizas. Una tarde, la penúltima, paseo por allí sin más escolta que Rojo y Cipriano, mi cuñado. Las entreluces de febrero vuelven de cande la torre de la iglesia, con su reloj de sol en forma de angélica carlina; avivan los verdes de los grandes valles, que se abren al pie de un mirador ante la fonda donde me hospedo. A lo lejos suena el bombardeo. La víspera tratan de alcanzar el cuartel general de Rojo y meten una bomba, a un tiro de piedra en la casa de Negrín, en Agullana. El viento de cada anochecida sube por los Pirineos, desde Francia, y abócase por los peñascales, donde desmíganse las ruinas de un castillo. Viénesse jadeando hasta nosotros y nos azuza la marcha. Pronto está todo visto.

—A este paso, la vida es un soplo —les digo. Me miran, a través de gafas que entela el relente. Ni ríen ni replican.

Un senderuelo, que costea maizales y lomas, nos lleva a una mina de talco. Es una especie de fortín de cemento, de tres pisos de altura, en los ijares de la montaña. El polvo y la piedra partida se derraman por la ladera, blanqueándola toda al pie de la fábrica. En el vertedero, los últimos soles reverberan en pedruscos enjuagados por chubascos. El talco se vuelve entonces de un verde clarísimo: luz del Tintoretto en *El lavatorio*. El cuadro cobíjase quizá en la mina. Buena parte del Museo del Prado ocúltase allí, de paso para Francia y Ginebra, donde recalará a nombre del Estado. Con Cipriano por apunte, como de costumbre, se lo cuento a Rojo, que me escucha mudo, atento, sin asentir nunca con el gesto: muy jefe de mi Estado Mayor, en suma.

—El resto de los cuadros estaba en el castillo de Perelada, donde pasé siete días huido de Barcelona, antes de lle-

gar a La Bajol. Muchas veces insté a Negrín para que los pusiese a salvo. «El Museo del Prado —le dije— es más importante que la República y la monarquía juntas». «No estoy lejos de pensar así», respondió. «Pues calcule usted qué sería si los cuadros desapareciesen o se averiasen gravemente». «Un gran bochorno», afirmó. «Tendría usted que pegarse un tiro», le repliqué. Negrín me informó de que se hacían trabajos en una mina para aprovecharla como depósito. Resultó ser la de La Bajol. Pero en cuanto a poner a salvo anticipadamente todos los museos, no se hizo nada. De la verdadera situación me enteré en Perelada. En el castillo y en la alcoba de la condesa, conviví una semana con el Prado. En la planta baja almacenábase la mayor parte de los cuadros. Para acoger *Las lanzas* y *Las meninas* fue preciso arrancar el dintel de un ventanal. En el fumador, exhibíase el *Cristo* de Velázquez. *El tres de mayo*, de Goya, llegó rajado por el hierro de un balcón de Mataró. Lo zurcieron allí mismo, con la camisa de la abuela del mayordomo a modo de parche. ¡Se lo juro, Rojo! Cada vez que bombardeaban en las cercanías, me desesperaba. Temí que mi destino me hubiese traído a ver el museo hecho una hoguera. Era más de cuanto podía soportar. El del tiro hubiera sido yo.

Un domingo, el 5 de febrero, sí, el 5 de febrero, salimos para Francia a las seis de la madrugada. Falta aún una hora larga para el alba. La noche está muy oscura, de un negror oloroso a menta y setas. En lo alto brillan claros los astros: cada constelación palpitante y como estampada. No sé por qué me sonrío en la sombra, recordando el final de mi último discurso en Barcelona, el 18 de julio del año anterior. *Ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón.* A lo lejos solloza un perro y en el pueblo ilumínase una ventana. A media calle se estremece nuestro grupo



apretujado. Alguien dice que nos acechan y no sosiega hasta que se apaga la luz. Seremos veinte los fugitivos, parte de mi escolta incluida. Negrín, mi brillante y pundonoroso Presidente del Consejo, ofrécese a acompañarme hasta Las Illas, el primer puesto francés. De mis ministros, viene también Giral. Martínez Barrio se nos adelantó, con la familia, en su cochecito. En lo alto del puerto —Coll de Lli le dicen— nos aguarda.

Nos acomodamos en autos de la policía, capaces de trepar por estos derrumbaderos. Dos días antes, Lola se torció un pie y está en malas condiciones para andar. Echamos por el camino que lleva a la mina y luego por el atajo de una masía, donde se alojaba el batallón presidencial. Allí lo visité un día, mediada la tarde, para darme cuenta de las condiciones en que se hallaba instalado. Recorriendo la casa, me topé en la cocina con siete u ocho señores del partido de *Acció Catalana*, entre ellos Ragassol y Peyponch. Hablamos un momento. Se ocupaban en confeccionar una proclama al pueblo catalán. Revisté el batallón a la llegada, en un campo. Hablé con oficiales y soldados. Pese a todo, conservaban un espíritu magnífico. ¡Lástima de gente! Al marcharme, el batallón formó de nuevo. Las masaderas me pidieron venia para presenciar la despedida. Me encogí de hombros. Tambores y trompetas batieron. Desde la cabeza de la formación, descubierta, grité:

—Soldados, ¡viva la República!

Del grupo de los políticos catalanistas, un poco apartado, salió una voz: «*Visca Catalunya!*». No contestó nadie. La escena, en su sencillez, era desgarradora. Todos (y yo mismo, un poco por sorpresa), nos dimos cuenta de cuánto significaba. Me alejé despacio, solo, delante del acompañamiento, que me seguía en silencio. La verdad es que yo no podía más. Dos días antes había recogido la bandera del batallón, que ahora, desplegada en una de las paredes de mi alcoba, es tema de reflexiones ascético-políticas, porque me servirá de mortaja.

Detrás de la masía, antes que repeche la cuesta camino del puerto, ábrese unos prados a la izquierda. Aún era de noche cuando cruzamos por allí, con mucho traqueteo y suspiros de señoras. El último camión que llevaba las pinturas de la mina a Francia, empeñáronse en pasarlo por aquellos desmontes, en vez de hacerlo por Agullana hacia la carretera de Le Perthus. En menos de nada, se les despeñó, sobre la hierba, vientre a la luna, que era casi llena y con brillo de hielos. Nadie se hirió por suerte; pero había que ver a Negrín triscando de acá para allá, como si fuese el arcángel tutelar de todos. No pierde prenda para hacerse propaganda. Aun cajetillas con su retrato imprimieron, al final, para la tropa.

En el prado, a la luz de los faros, queda *El entierro de Cristo*, del Tiziano. Sólo el cuerpo muerto, de una palidez donde rebotan las sombras, dijérase vivo. Alrededor de él, José de Arimatea, María de Magdala, Juan Evangelista y el par de siervos parecen remolino de espectros. Púrpuras, azules, blancos de túnicas y mantas y un cielo aborascado, de nubarrones entintados sobre un manchón cobalto, donde despunta el amanecer antes que en el nuestro.

Seguimos monte arriba y, antes de llegar al puerto, compruebo de nuevo que no se privaron de hacer las cosas mal. De pronto, topamos con el automóvil de Martínez Barrio embarrancado en el camino: se rompió obstruyéndonos el paso. ¡Allí vería usted al Presidente del Consejo empujar con todas sus fuerzas el coche de don Diego, para sacarlo del atolladero! Inútil. Hacemos lo restante a pie. En lo alto, en Coll de Lli, clarea ya el día entre gris y azulenco, sobre fondos cárdenos. En la linde, ante las ruinas de la corraliza de un aprisco, los bultos de los carabineros, cuadrados, nos ven pasar. La cumbre está cubierta de hierba cenceña, donde florecen planteles de ajonjeras. Con el primer sol, hallamos carlinas doradas, recién abiertas. Nadie se detiene al cruzar la raya. Hosco y cariacontecido, las manos a la es-

palda, el gordo pescuezo plantado entre los hombros, anda Negrín a mi lado.

—Se marcha usted pisando oros —me dice de pronto.

—Nací viéndolos.

—No serían éstos.

—No. En Alcalá teníamos un campo de girasoles. Son mi primer recuerdo. Imagínese un huerto lleno de ellos, con la siembra siempre muy prieta y cada planta más alta que un hombre. Una marea de oro me daba allí la hora. De chico, aguardaba eternidades para verlos volverse lentamente.

—Es usted un contemplativo —sonríe irónico, sin disimularme su desprecio—. No comprendo por qué se metió en política, y menos en este país.

—No nací en otro, Negrín. Se lo dije una vez, en nuestros pleitos: soy de la tierra de la claridad. Lo malo del caso es que sólo muchos años después me doy cuenta a veces de lo contemplado.

—¿Los tornasoles?

—Los tornasoles. ¿Se paró usted acaso a pensar en ellos? Con el sol comparten las moléculas de carbón y así se abren y vuelven siempre a mirarlo. El universo será hostil a la vida; pero con la infinitud se emparentan los girasoles, que, en cierto modo, a ésta nos transportan.

—No me interesa el universo —su ironía es gorda y abunolada como los nudos de corbata de los frailes, cuando en El Escorial vestían de seglares—: sólo el hombre. Es decir, usted, yo, la inmensa tragedia que nos rodea. Hay que sufrir aquí y ahora, porque éste es el destino que nos cupo en suerte. No tenemos otro. Lo demás, y perdóneme usted, es pura cobardía.

—¿La mía, Negrín?

—La suya, señor Presidente. La República se hunde; cae Cataluña; la guerra se pierde, a su propio decir; mueren en dos años más compatriotas nuestros que nacen en enteras generaciones. Usted entre tanto se refugia en su interior y

contempla los girasoles de su niñez mientras aguarda el momento de abandonarnos.

—El gobierno republicano se hundió en septiembre del 36, agotado por los esfuerzos estériles para restablecer la unidad de dirección, descorazonado por la obra homicida y suicida que estaban cumpliendo, so capa de destruir el fascismo, los más desafortunados enemigos de la República. Durante los tres primeros meses de guerra, se hizo en Madrid un destrozo fabuloso de víveres. Formaba parte del jolgorio general. Quemar gasolina y agotar los almacenes fue la diversión mayor. Hay que haberlo visto. Sé muy bien, por mi mujer, el despilfarro que se hacía en los hospitales, sin provecho para los enfermos. Toda la parte ganadera de la provincia de Madrid fue arrasada. Se mató a casi todos los animales de producción para satisfacer el hambre de un día. Dijérase que una horda de hambrientos se había lanzado sobre el cajón del pan; pero los que conocemos las costumbres de Madrid sabemos muy bien que no tenían hambre atrasada. Era el placer del derroche, un signo de la vida nueva. Previsión regular no hubo ninguna. Cada cual hacía lo que le daba la gana. La traición puede ser sofocada y castigada; pero una alucinación colectiva se disipa difícilmente. Desde entonces soy un Presidente amortizado. Después de su ascenso a la jefatura del gobierno, soy un Presidente desposeído.

—¿Por qué no dimitió usted?

—¿Cuántas veces debo repetírselo? —A mi pesar me encrespa como de costumbre—. Usted es otra mente anárquica. Por eso no escucha al prójimo ni en el fondo cree en el valor moral de la legalidad que representa. ¡No tiene formación, fuera de su especialidad profesional! ¿En qué cree usted, aparte de la fisiología y de sus diccionarios, donde aprende lenguas muertas para no decir nunca la verdad en ningún idioma?

—Creo, por ejemplo, que no ha contestado usted a mi pregunta, señor Presidente.

Giral y Martínez Barrio se unen quedamente a nosotros, ya en bosques de Francia. Por unos instantes andamos los cuatro juntos entre castaños desnudos, helechos y zarzales. De vez en cuando, Giral se quita las gafas y las limpia con un pañuelo de colores. Estréchase el sendero al arranque de la cuesta y descendemos hacia Las Illas en fila india. Negrín, con acezo de alguien poco hecho a estos trotes, me escupe las palabras a la espalda; luego el silencio de Giral y Martínez Barrio.

—El 14 de julio de 1937, contra su optimismo juvenil, Negrín, les dije a usted y a Giral cuál era mi convicción. La guerra no podía desenlazarse a nuestro favor por la fuerza de las armas. Otra política no era sólo posible, sino urgente. Había que buscar los factores de un pacto con el enemigo. Afirmar, como lo hacía usted hace poco, que estábamos dispuestos a seguir resistiendo, y si cayese Cataluña nos iríamos al centro, es puro dislate. Perdidas Barcelona y pronto la frontera, ¿qué vamos a hacer? ¿Cree usted que no osarán disentir los ministros de su *jusqu'au boutisme*? Por mi parte, permaneceré en la Presidencia mientras quepa la esperanza de un ajuste de paz en condiciones humanitarias: ni un instante más.

—La guerra dista de haberse perdido —replica—. Deme ocho meses más, hasta agosto o septiembre, y será parte de un conflicto mundial. Creyeron prevenirlo en Munich; pero Munich, en realidad, lo hizo inevitable.

—Nunca quise que nuestra lucha deviniera guerra general. No lo deseo por las razones que tiene todo hombre para aborrecer la violencia, y además por motivos de estricto interés. Nuestro caso pasaría entonces a muy segundo término y, cualquiera que fuese la conclusión, nos someterían a los triunfadores.

—Con derrotistas como usted, señor Presidente, tendremos que someternos a Franco.

—No me cabe duda. Pero la contienda mundial nos haría siervos de otros amos, sabe Dios hasta cuándo. ¿No ad-

vierte usted que para el mundo no contamos? La guerra civil nos puso en primer plano de la actualidad; pero nunca acabaron de creer en nosotros. Quizá no les falte razón. Nuestro país es una excepción semántica. Traduzca al idioma de cualquier otro ciertas palabras, por ejemplo: universidad, obispo, escuadra, masonería, escuela, reforma agraria. La representación que adquiere el extranjero de nosotros, a través de tales términos, es absolutamente falsa.

—Es usted un cínico y un sofista. Mire el desastre de esta retirada: la huida de la gente por estos montes y estas carreteras, su pánico, su hambre, su desesperación. En el bombardeo de Figueras, amanecieron entrañas humanas en las ramas de los árboles. ¿Es esto ficción o realidad?

—Es verdad a lo vivo. El sufrimiento nunca deja de ser cierto; pero todo lo demás cae en el reino de lo pintado. Los ideales son también perecederos. Matarse por ellos es hacerlo por principios que en gusanos se convierten. De acuerdo con usted en la necesidad de afirmar al hombre, por encima de sus credos, si lo entiendo a derechas. Usted, sin embargo, sólo mantiene sus trece puntos y ahora, al final, sus tres condiciones de paz: independencia de toda tutela extranjera, derecho a escoger libremente el régimen político y supresión definitiva de toda suerte de represalias. Eso, querido Negrín, es la conseja del portugués en el pozo, porque estamos perdidos y no podemos exigir nada de nada.

—Usted sólo se afana por desertar de su Presidencia. Se habla mucho de su miedo físico; pero su cobardía es moral —la ira le enfosca la voz—. Se le da un rábano todo: ideales y sufrimientos. Cuentan que en el treinta y uno, cuando lo sacaron de su escondrijo, recién proclamada la República, exclamó: «¡Qué lástima, una semana más y termino mi novela!». ¿Qué escribirá usted cuando nos abandone y dimita? ¿Una farsa, un sainete?

Me vuelvo y encaro con él, pues quiero a Giral y a Martínez Barrio por testigos. Los cuatro nos detenemos en el

atajo. Chispea al primer sol la guarnición de oro de los lentes de Giral. Todo el monte huele a jara. El silencio, súbito e inesperado, nos envuelve: hace campana de vidrio de los cielos, y en esta quietud me suena la voz como en un eco.

—Negrín, dimitiré cuando me crea del todo innecesario como Presidente. En otras palabras, cuando sea imposible cualquier intento de paz negociado por mi magistratura: ni antes ni después.

—¿Volverá usted conmigo a la zona central? Ha caído Cataluña; pero Madrid y Valencia son todavía nuestros. La guerra no ha terminado.

—La guerra está militarmente perdida. Usted mismo lo admitió en La Bajol, al oír el informe que a los dos nos hizo Rojo. Volver a la zona central sería por mi parte ayudar a prolongarla. No nací para carnicero y menos para verdugo. Me quedaré en Francia.

Se le enceniza el rostro y no replica. Hombre tan robusto, tan preñado de vida como él, parece a veces roto y lleno de ruinas y añublo. A Prieto, antes de que lo cocease del ministerio de la Guerra, le dije que Negrín sobreviviría mejor que nadie este infierno, por falta de escrúpulos. «Quizá —repuso—, pero ¿no ha reparado usted que está encaneciendo?». Es cierto. No lo noté entonces, pero lo advierto ahora. Tiene la cabeza sembrada de menudos cristales. Por no sostenerle el mirar rencoroso, me vuelvo hacia el valle. Allí amanece ya el primer pueblecito francés. En el regazo de los montes azulados, tíñense de naranja las casas diminutas, de tejados rojos. Por el aire quieto, sube delgado el humo de las chimeneas.

Nuestro guía, masadero del casón que alojaba a mi guardia, estrújase la boina entre las manos.

—Señor —me dice, tartajoso de angustia—. Esto es Las Illas. *En deu minuts*, llegan allí. Si al señor no le importa, regreso a La Bajol con la familia.

Me encojo de hombros y le vuelvo la espalda. Mi mujer me mira y sonrío penosamente. Para fugarme de su encaro,